



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 169– 20 de septiembre de 2016

En este número

1. Las bicicletas no son para Madrid, *Emilio Álvarez Frías*
2. José Antonio y Rousseau, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. En torno a los sentimientos, *Manuel Parra Celaya*
4. ¿Es posible un «Islam de Francia»? , *Antonio Martínez*
5. Sánchez ha logrado lo que nadie consiguió en 40 años de democracia: destruir el PSOE, *Andrés Velázquez*
6. Mas sobre el burkini, *José Manuel de Prada*
7. Alerta por terrorismo en Nueva York, *V. Gago*
8. Gregorio Rubio Nombela, *César Pérez de Tudela*

Las bicicletas no son para Madrid

Emilio Álvarez Frías

Hoy vamos a cambiar de tercio. Podríamos tocar la discordia latente en el PSOE respecto al empecinamiento del Secretario General socialista de impedir que el Presidente del PP acceda a la gobernación de España; es algo que está emergiendo con toda claridad en los últimos días, aunque los vaivenes judiciales que se producen respecto a las implicaciones de unos u otros en los procedimientos por corrupción en todos sus aspectos no permiten posiciones demasiado claras. Estas desavenencias internas socialistas no son porque no estén contra del PP, sino porque hay sensatos que entienden que es preciso salir del estrangulamiento en el que se encuentra la política española, y porque la actitud del Secretario General en el tema es absolutamente irracional y disparatada. En lugar de ponernos serios con cara de disgusto si no más agria, vamos a hacernos eco, de un modo un tanto particular, de lo que las autoridades festejan como día de la movilidad, una simpleza más de las muchas que se les ocurre, a estos de nuestros pagos, o a los de los organismos europeos o de la ONU. Y es que no saben qué inventar para obnubilar las mentes de los ciudadanos con el fin de convencerles de que tienen muchas cosas buenas que ofrecer con lo del progreso y el cambio, y por ende son sumamente creativos con ocurrencias que, las personas más sensatas, califican de simplezas, actuaciones que quizá se podrían experimentar en momentos de mayor relaxo, y cuando los ciudadanos tuvieran cubiertas sus necesidades, tanto materiales de primera y segunda necesidad, como espirituales. Por ello, Vamos a



pasar del tema de la movilidad y tocaremos una de las ocurrencias compartidas por todos los «progres» de los distintos partidos y diferentes tendencias existentes en el país: hacer a la bicicleta el vehículo ideal para las grandes ciudades, y en especial para Madrid.

A mí me gustan los deportes. Casi todos. Más los que son minoritarios que los de grandes masas. Pero he de confesar que no he practicado ninguno salvo andar por el monte, subir y bajar montañas, bañarme en ríos y lagos (cuando no existían tantas prohibiciones como ahora), contemplar la naturaleza y admirar paisajes. En el tema del ciclismo creo que cuando era joven fui una vez hasta el Pardo pero luego tuve que subir andando la cuesta hasta Moncloa con el agravante de ir empujando la bici. Considero la bicicleta una máquina interesante para practicar ejercicio, celebrar carreras como el Tour, el Giro, la Vuelta, otras pruebas menores, y las olimpiadas, y fundamental para el entretenimiento de los niños; y todo lo que se celebra en velódromo. Y como vehículo campestre y de ciudades pequeñas, de poca circulación y prácticamente llanas. Querer sustituir con la bicicleta a otros medios de transporte en grandes urbes parece una

insensatez y más si, como en Madrid, no son pocos los desniveles existentes entre unos barrios y otros.



Si usted, amigo lector, cuando sube por el paseo de las Delicias, o va por la Castellana, o la calle de Alcalá por mencionar unas vías urbanas conocidas y anchas, y se topa con que delante va tranquilamente pedaleando un ciclista, inmediatamente advertirá que está entorpeciendo la circulación, que obligar a todos los vehículos a ir a 20 km hora es un poco

exagerado, y que mientras él hace un

recorrido de 100 metros con una considerable hilera de coches detrás, podrían pasar entre el 20 y el 40 por ciento más de vehículos por ese tramo llevando cada uno a varios pasajeros. No parece, pues, que la bicicleta facilite la circulación y suponga una gran ayuda para el desplazamiento por la ciudad. Sin hablar del peligro que representan, pues, aunque usted vaya muy pendiente de la circulación, es difícil ver entre los coches por dónde va un ciclista, resultando fácil encontrarlo de forma inesperada, obligando al frenazo violento y peligroso. De momento hablamos de ciclistas



conocedores de la ciudad y expertos en ir por ella. Porque si echamos mano de las bicis que el Ayuntamiento ha repartido por todo Madrid para que las puedan disfrutar turistas que no conocen la ciudad, personas que además tienen que ir pendientes del plano de la ciudad para localizar el lugar que quieren visitar, el tema resulta de alta peligrosidad.

Pensamos que está fuera de lugar la perra que han cogido las autoridades municipales al encumbrar este vehículo como solución a los problemas de circulación rodada de las ciudades. Además de generar considerables problemas de circulación en vez de solucionarlos, tiene que ser sumamente oneroso el empeño para las arcas municipales

dada la obsesión de hacer vías especiales para los bicis por toda la ciudad, dedicar parte de los carriles de rodadura de vehículos de motor a preferencial para estos vehículos de tracción humana, o extender vías especiales por carreteras locales, de forma paralela; con la obligación añadida de su mantenimiento, lo que no se lleva a efecto, pues se observa el deterioro como sucede con el resto de las aceras peatonales o vías para automoción en la ciudad, a cuya conservación se presta poca atención. Por otro lado está la inversión en la compra de cientos de bicis, el mantenimiento al que han de ser sometidas pues es axiomático que lo que no es de uno no se cuida de igual forma que propio, además del destrozo producido en tales ingenios por los vándalos ciudadanos, junto con el robo, que debe ser numeroso a juzgar por las que se encuentran tiradas por los arrabales menos recomendados para pasear.



Da la sensación que todo aquél que llega a un puesto de la administración junto con la nómina recibe un chip que le hace odiar los coches. Los coches de los demás, está claro, pues ninguno renuncia al suyo, y menos si le asignan uno oficial con conductor.

Dejemos ya el tema de la circulación. Salgamos a la calle a dar un paseo en este anticipo del otoño. Y como compañía tomemos un pequeño botijo, de Carboneros, Jaén. Es una monada que encontró una hija al pasar hace días por dicha localidad, donde mantuvo larga conversación con el artífice Juan José González Montes, quien se lamentaba de las dificultades que pesan sobre los artesanos ya que las autoridades no prestan demasiado atención a estas pequeñas industrias básicas en muchas pequeñas localidades.

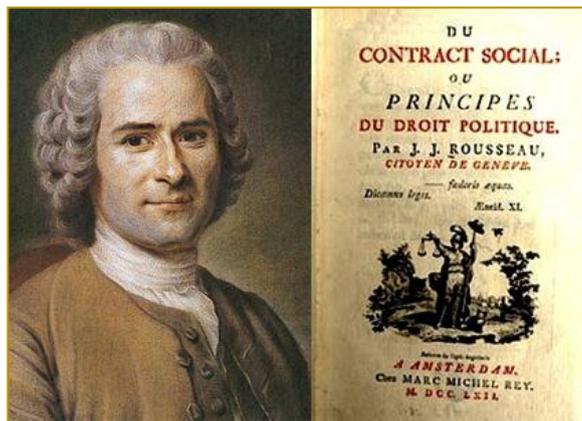
José Antonio y Rousseau

José M^a García de Tuñón Aza

Uno de los libros menos conocido y escasamente citado por los biógrafo y estudiosos de José Antonio Primo de Rivera, sin embargo más interesante para conocer al fundador de Falange Española, es el escrito por el filósofo Adolfo Muñoz Alonso, titulado *Un pensador para un pueblo*. El autor nos muestra a José Antonio, como un pensador que fue capaz de cifrar en un adjetivo, en una frase, en una definición, todo un sistema de ideas y valores, con vigencia en la actualidad.

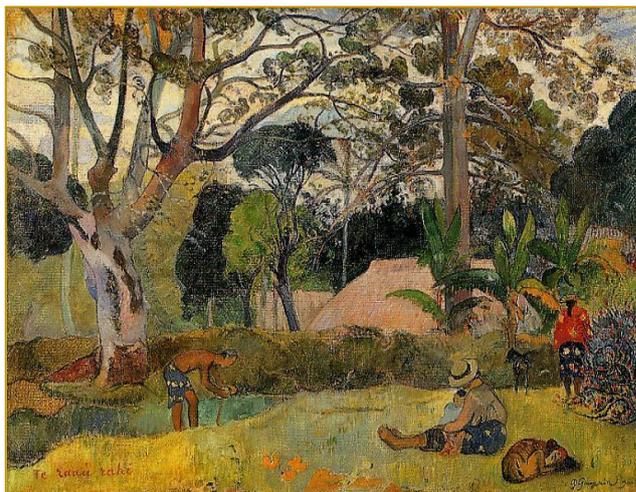
Dedica un capítulo a Juan Jacobo Rousseau, el pensador a quien se enfrenta José Antonio sin paliativos y descarga sobre él toda la enorme responsabilidad intelectual, social, religiosa y política de la revolución subversiva que opera en las décadas postrimeras del siglo XVIII.

La mayoría de los que han leído los discursos y escritos de Primo de Rivera piensan que la primera vez que el fundador de Falange llama *nefasto* a quien fue definido como escritor, pedagogo, filósofo, es decir, como un hombre ilustrado, pero de profundas contracciones, el suizo francófono Rousseau, fue en el discurso celebrado en Madrid,



Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933: «Cuando en marzo de 1762, un hombre *nefasto*, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó el *Contrato social* dejó de ser la verdad política una entidad permanente...». Sin embargo, el epíteto de *nefasto* que José Antonio descarga sobre Rousseau, no es un hallazgo literario que le pertenezca por derecho de intervención, ni tampoco la primera vez que se refiere al *Contrato social* de Rousseau. Lo primero pudo haberlo leído y escuchado a León Duguit, jurista francés especializado en Derecho público, que había estado en España en noviembre de 1923, a los dos meses del golpe de Estado del General Primo de Rivera, como profesor invitado por la Universidad en la que pronunció varias conferencias a las que José Antonio asistió, alguna con toda seguridad, cuando ya era licenciado en Derecho y había terminado con matrículas de honor las cuatro asignaturas del Doctorado.

El 16 de marzo de 1933, en un artículo publicado en *El Fascio*, cita a León Duguit cuando éste había tachado de *error nefasto* la creencia de que un pueblo ha conquistado su libertad el día mismo en que proclama el dogma de la soberanía nacional y acepta la universalidad del sufragio. No era, sin embargo, la primera vez que cita al jurista francés. Ya lo había hecho en un escrito que el 29 de julio de 1930 publica en el periódico *La Nación* y dice que siendo estudiante de Derecho descubrió al desenfadado profesor de Burdeos. En ese artículo lo vuelve a citar tres veces más. Posteriormente, la misma publicación recoge la conferencia que José Antonio pronunció el 16 de enero de 1931 en el local de la Unión Patriótica donde, vuelve a citar a León Duguit, y dice que igualmente dogmática es la soberanía popular, cuya expresión más acabada, resumen en parte de otras ideas corrientes en su época, se halla en el *Contrato social*, de Rousseau. Y añade:



Para Rousseau la sociedad no puede tener más origen que el contrato en el que cada uno renuncia a su independencia, a cambio de la libertad civil que adquiere. El conjunto de las voluntades engendra un «yo común» diferente de los agrupados, una «voluntad general» distinta de la suma de voluntades particulares. Este «yo común» es el Soberano, y su soberanía, inalienable e indivisible. Solo el Soberano puede legislar sin conferir su representación a nadie. El Gobierno (cuya forma puede variar según los países) es simplemente comisario del Soberano.

Lo más importante para nuestro tema de las ideas de Rousseau es la afirmación de que el Soberano no puede querer nada contrario al interés del conjunto de los asociados, ni de ninguno de ellos, por lo cual el particular, al ingresar en la asociación, no se reserva derecho alguno. Esto quiere decir que toda resolución de la voluntad general soberana es legítima por ser suya. En tal principio se inspiran las declaraciones y constituciones revolucionarias (1789, 1791, 1793) y cuantas han seguido sus tendencias fundamentales. Del mismo principio se deduce la implantación del sufragio universal, que no es, para Rousseau, una decisión de la mayoría sobre la minoría, sino un cómputo de conjeturas formuladas por los electores acerca de cuál será la voluntad general: los electores de la minoría, para Rousseau (con sofisma que indigna a Duguit) son, en realidad, personas que «se han equivocado» al suponer cuál era la voluntad general.

Pero para Muñoz Alonso, aparece claro que no es José Antonio el que más se ensaña con Rousseau, sino Ortega cuando dice que el suizo francófono odia la cultura y la civilización a las que califica de desvarío y enfermedad. «A mí esto me parece una salvajada», sentencia Ortega.

En torno a los sentimientos

Manuel Parra Celaya

Alguien -de cuyo nombre no pienso acordarme- ha justificado la quema de banderas de España y de Francia y de retratos del Rey como una muestra de sentimientos exasperados que, en todo caso, deben ser respetados. Porque, si ustedes no lo sabían, eso ocurrió durante la celebración de la *Diada* el 11 de septiembre en Cataluña, en concreto en la manifestación de la CUP, ese partido antisistema que va del bracet de los ex convergentes y de los *republicanos* de ERC en el *Parlament*. Entretanto, el Sr. Puigdemont -celoso a su vez por la sombra de la señora Colau- seguía proclamando, en otra manifestación, su *procés* hacia la independencia, eso sí, en tono más comedido que sus radicales aliados.

No es ninguna novedad; más bien se ha convertido en rutina que se silbe el Himno Nacional, que ardan banderas y retratos del Jefe del Estado y que se sigue anunciando, a bombo y platillo, con toda la luz y los taquígrafos posibles, que el objetivo de unas instituciones del Estado en Cataluña es pasarse por el arco de triunfo la Constitución y cometer una fechoría contra la historia y contra el futuro de las próximas generaciones.

Todo ello con la más absoluta impunidad: aquí no pasa nada, ni siquiera el seguimiento periodístico de las andanzas judiciales de los Pujol y Millet, pongamos por caso. La política oficial española -con honrosas y contadas excepciones- mira hacia otro lado, más preocupada por *aplantar al adversario y no ponerse de acuerdo con él*, frase que parece de actualidad pero que procede de una conferencia de aquel liberal de verdad llamado Gregorio Marañón. También todo esto lo sabemos de sobra, pero resbala sobre la profunda capa de indiferencia y de abulia, producto de una larga inoculación de estos defectos sobre los españoles.



Pero hablemos hoy de los sentimientos como justificación para cometer cualquier tropelía. Podríamos llegar a la peregrina conclusión, por ejemplo, de que cualquier delito calificado como de *violencia de género* (ya sabemos que sería más correcto decir *violencia doméstica* o *de sexo*, pero los ucases lingüísticos se imponen) es disculpable ya que obedece a un estado emocional exacerbado; o que, en otro orden de cosas, llevar a cabo un adelantamiento en raya continua o saltarse olímpicamente un stop merecen el atenuante de responder a un sentimiento incontrolado del momento, imposible de reprimir...

De hecho, y no nos hartaremos de repetirlo, los nacionalismos no son más que productos del sentimiento, exasperados o inducidos por oligarquías interesadas o por visionarios enloquecidos. El influjo de aquellas y de estos sobre las masas es completo, y

no hace falta remontarse en el tiempo al diagnóstico de Ortega; bastaría con leer un poco a Goleman o a nuestro José Antonio Marina, pero no creo que ninguno de estos tres autores formen parte de la biblioteca personal de los airados miembros de la CUP ni de la del Sr. Puigdemont.

Además –y es oportuno el recuerdo cuando se vuelven a abrir las aulas en plena rebeldía contra la LOMCE– los sentimientos pueden ser inculcados desde la más tierna infancia; es perfectamente posible transmitir, verbigracia, el prejuicio, el dogmatismo, el fanatismo, la credulidad, el resentimiento y el odio desde un sistema de enseñanza entregado graciosamente a los nacionalistas desde hace más de tres décadas. En línea de continuidad con lo dicho, dejemos la palabra al citado Marina: *«A los cuatro años, los niños ya prefieren su propio país, y el sentimiento de orgullo patrio forma parte de la autoestima muy pronto. La identidad nacional aparece acompañada de un prejuicio contra las demás naciones, porque los niños necesitan hacer diferenciaciones tajantes, y valorar lo propio como bueno y lo ajeno como malo es un criterio sencillo»*. O sea, que se lo pusieron a huevo a los sempiternos disgregadores de la unidad española.

Así que, por favor, dejemos de especular con si los números de manifestantes en la *Diada* son iguales o menores a los del año pasado, y tratemos de explicarnos las aglomeraciones a favor del separatismo como sentimiento instigado y, según dijo alguien, *merecedor de respeto*, sea quemando banderas en plena calle o hablando paladinamente de la *desconexión* con España. Por mi parte, desde mi españolidad –que no *españolismo*– apuesto por la razón también en política, porque *la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón*.

¿Es posible un «Islam de Francia»?

Antonio Martínez

A raíz de los atentados yihadistas ocurridos en los últimos meses sobre suelo francés, el presidente de la República, François Hollande, está impulsando una iniciativa para crear un «Islam de Francia» o «Islam republicano», compatible con los valores culturales dominantes en el país vecino y en el conjunto del mundo occidental. La pregunta que procede es si tal cosa resulta posible.

Metafísicamente, sentimos decir que no lo es. Los principios del Islam son tan incompatibles con los del mundo moderno surgido del siglo XVIII ilustrado y con la Revolución Francesa, como imposibles de mezclar el agua y el aceite. Un «Islam republicano» es una *contradictio in terminis*.



Desde hace muchos años, en España, *El País* viene patrocinando un Islam análogo, desprovisto de sus elementos más polémicos. Es el Islam soñado por Juan Goytisolo en Marrakech, un Islam confundido con la dignidad de los pobres, tal como la vivió Albert Camus en su infancia, sobre las playas de Argelia. Un Islam

de pipa de agua, hamam y regateo en las tiendas del zoco. Todos podemos comprender los encantos turísticos de Marruecos, el atractivo –al menos imaginado; vivido día a día,

la cosa cambia mucho- de un estilo de vida más tradicional y comunitario, lejos del individualismo, el hastío y el tedio de Occidente. Sin embargo, el problema no está ahí.

El problema surge cuando el mundo musulmán empieza a instalarse en París o en Marsella vía inmigración. La solución francesa pasa por la asimilación: si vienes a Francia, tienes que identificarte con los valores de Francia; o, al menos, respetarlos escrupulosamente, y no sólo como un ritualismo externo. Tal vez no les entregues tu alma; pero ajusta a ellos tu conducta.

La escasa flexibilidad de la ética republicana ha desembocado en una no-integración de los hijos de inmigrantes musulmanes de segunda o tercera generación. Provenientes del Magreb o del África subsahariana, viven en suburbios que son guetos y se saben ciudadanos de segunda categoría. No se sienten franceses y la República no sabe qué hacer con ellos. Ahora, el proyecto consiste en «republicanizar», en prevenir la radicalización yihadista civilizando el Islam.

En realidad, se trata de domesticarlo. El laicismo occidental, surgido de la matriz masónica, siempre ha aspirado a domesticar las religiones. En unos casos ha tenido más éxito; en otros, menos. En cuanto a la Iglesia Católica, piensa que Francisco constituye su gran oportunidad. Por lo que respecta al Islam, la empresa se presenta ardua como pocas. El Islam es tan granítico como la piedra cúbica del santuario de La Kaaba. Demolerlo en plan posmoderno, vía ironía y disolución progresiva, se nos antoja harto complicado. Incluso si lo metemos un siglo entero en Coca-Cola a máxima concentración.

El sueño, el desiderátum: un Islam tolerante, que acepte la homosexualidad, el sexo libre, el aborto, el relativismo, la democracia. Un Islam esteticista, con cantos del muecín convertidos en ritmos relajantes de chill out. Un Islam ibicenco, con mezquitas finalmente convertidas en cafeterías y peluquerías, como las iglesias de Ámsterdam.

Pero el proyecto, en marcha desde hace tiempo, me da que no funciona. Decía Louis Massignon, el gran islamólogo francés, que las grandes religiones monoteístas se identificaban con las tres virtudes teologales: el judaísmo, con la esperanza; el Islam, con la fe; el cristianismo, con la caridad. De manera que, en el reparto de dones religiosos, había tocado a los musulmanes una fe «salvaje», imposible de arrancar de su alma. Una fe próxima a lo que en Filosofía se llama ontologismo, y que no comprende que se pueda no creer en Dios -Allah-, cuya existencia se considera casi



evidente para la mente humana. Una fe, en fin, distinta de la cristiana, y aún a la idea de sumisión, que es, como sabemos, lo que significa el término «islam»; pero bueno, una fe que es fe, en todo caso.

Así las cosas, ¿qué hacer en Francia, o en Occidente en general, con una comunidad de creyentes que no comparten la auténtica y única religión del Occidente actual, que es el relativismo -o el individualismo, su otra cara-? Pretender republicanizar el Islam es un intento absolutamente iluso. La solución no puede ir por ahí.

Me parece que la solución pasa no por tratar de domesticar las religiones, sino por repensar y refundar metafísicamente Francia, Europa y Occidente. Y ello supone darse cuenta de que necesitamos otro tipo de civilización. Una civilización que conserve las conquistas del Occidente moderno –podríamos simbolizarlas con el bikini, ahora que se habla tanto del «burkini»–, pero a la vez redescubra el inmenso y fascinante continente, hoy casi olvidado, de la religión.

Contra lo que muchos creen, la religión no constituye un fenómeno alienante. Mircea Eliade, el ilustre historiador de las religiones que enseñó largos años en Francia, antes de emigrar a Estados Unidos, subrayó la universalidad del hecho religioso. El hombre necesita la distinción sagrado/profano, la referencia a un axis mundi. La matriz de la religión constituye el molde fundamental de la psique humana y de la organización social.

Si queremos abordar con visos de algún éxito el problema del Islam en Europa, hemos de enfrentarnos primero a nuestro propio vacío metafísico. Convocando, por cierto, todo tipo de voces y sensibilidades, presentes de manera muy ilustre en la cultura francesa. Desde la santidad franciscana de Charles de Foucauld hasta el esoterismo de René Guénon y Raymond Abellio, pasando por la astrología de André Barbault, la antropología de René Girard, la hermenéutica de Paul Ricoeur o el catolicismo profundo y humanísimo del cardenal Jean-Marie Lustiger.

Un humilde retorno a todo este mundo de ideas y visiones del mundo engendraría un diálogo que daría frutos de la máxima calidad. Y, con esos frutos, el «diálogo con el Islam» sí que sería posible. Bien entendido que, en realidad, el Islam no quiere dialogar, porque considera que no hay nada de lo que dialogar, ya que la verdad absoluta del mundo se encuentra contenida en el Corán: así que la sumisión/fe islámica constituye la única postura razonable, y fuera de ella todo es idolatría, locura e impiedad.

Sin embargo, no nos quedemos ahí, ni pensemos que, al final, la única posibilidad consiste en una confrontación traumática. Llenemos Europa de bien, verdad y belleza a través de una nueva metafísica religiosa llena de frondosidad y alegría. Hasta que también en los musulmanes despierte el deseo de sumarse a esa fiesta.

Tomado de *El Manifiesto*

Sánchez ha logrado lo que nadie consiguió en 40 años de democracia: destruir el PSOE

Andrés Velázquez

La cerrazón del secretario general Pedro Sánchez, empeñado en bloquear la posibilidad de formar Gobierno en España, ha provocado una guerra de guerrillas en el PSOE. El secretario general puede conseguir lo que nadie ha logrado en 40 años de democracia: destruir el PSOE.

La presidenta de la Junta de Andalucía, Susana Díaz, el exsecretario general del PSOE Alfredo Pérez Rubalcaba y otros dirigentes socialistas como Eduardo Madina o Carme Chacón salieron ayer en defensa del presidente extremeño, Guillermo Fernández Vara, tras las críticas recibidas desde la dirección del partido a sus comentarios. Vara defiende que el PSOE debería abstenerse en la votación de investidura de Mariano Rajoy y reclama la convocatoria de un comité federal para debatirlo.

«Todo mi cariño a mi compañero Fernández Vara. A los socialistas nos une la fraternidad y el respeto a la expresión libre de nuestras ideas», afirmó Susana Díaz en su cuenta de Twitter. Posteriormente, Díaz reiteró que con 85 escaños «no se puede gobernar», por lo que abogó por hacer «una oposición útil». No obstante, insistió en que «Rajoy no puede seguir gobernando».

En Facebook, Alfredo Pérez Rubalcaba consideró que se puede estar o no de acuerdo con la postura de Vara, pero advirtió de que «lo que no se puede ni debe hacerse es insultarle, faltarle al respeto, atribuirle oscuras intenciones, incluso desmedidas ambiciones». «Que lo hagan nuestros adversarios políticos me parece mal; que lo hagan compañeros del PSOE, atribuyéndose incluso la representatividad de nuestro partido, me parece, además, lamentable», añadió. Eduardo Madina escribió en Twitter: «el honor de pertenecer al mismo partido que Fernández Vara», mientras que Carme Chacón mostró «hoy más que nunca» su afecto y apoyo



al presidente extremeño.

La ola de solidaridad con Fernández Vara se desató después de que la secretaria general adjunta del Grupo Socialista en el Congreso, Isabel Rodríguez, dijese que «lo razonable» es que el debate entre los dirigentes socialistas sea «en el comité federal y no ante los micrófonos de los periodistas».

Fernández Vara aclaró ayer miércoles que la «ambición» que tiene es «intentar ayudar y contribuir a que los problemas» se resuelvan y a que «podamos tener un Gobierno» y que España «pueda ver un horizonte despejado».

Y es que, como informó Hispanidad, Pedro Sánchez no hace caso ni al Rey emérito Juan Carlos I, quien le pidió que espere su turno para gobernar, pero el socialista le respondió que no y que bloqueará un gobierno Rajoy.

Más sobre el burkini

Juan Manuel de Prada

Sólo los memos pueden tragarse que el burkini sea un signo del «sometimiento de la mujer», mientras en el pudridero europeo se puede comerciar libremente con pornografía que muestra las más brutales sevicias perpetradas contra mujeres. Sólo los memos pueden tragarse que el burkini constituya una amenaza para nuestra «forma de vida», mientras el pudridero europeo (con España al frente) vende a Arabia Saudita ingentes cantidades de armas que sirven para armar a los orcos del Isis; o permite que el wahabismo se extienda por territorio europeo desde mezquitas y madrasas financiadas por la misma Arabia Saudita. El burkini, que tanto ha escandalizado a

nuestros progres y neocones de guardia, no es sino un espantajo utilizado para provocar reacciones paulovianas entre las masas cretinizadas.

Para convertir a los pueblos en masa cretinizada es preciso atemorizarlos con espantajos que los distraigan del verdadero mal que los corroe. Estos espantajos pueden, incluso, constituir un mal en sí mismos; pero son siempre males subalternos o consecuentes del verdadero mal. Así ocurrió con el comunismo, que se enarbó en el Occidente capitalista como espantajo para permitir que el mundialismo pudiera tan tranquilo reducir a escombros la civilización cristiana. Pero el comunismo fue en parte derrotado (como ocurrió tras el Telón de Acero) y en parte integrado en los planes del mundialismo (como ocurre en China). De modo que el papel que antaño representaba el comunismo lo representa ahora un Islam cuya mala índole no entraremos a discutir aquí; pero que, en cualquier caso, sólo resulta un mal temible porque el único bien que podría repelerlo ha sido antes reducido a escombros.

Una civilización es un conjunto de creencias y tradiciones compartidas que conforman una comunidad. De ahí que todas las civilizaciones hayan sido fundadas por religiones; y de ahí también que, cuando las religiones que las fundaron se debilitan, las civilizaciones se desintegren y sean conquistadas por otra civilización cuya religión se mantiene vigorosa y pujante. Esta es una ley biológica infalible que recorre el esqueleto de la Historia. La soberbia occidental quiso, sin embargo, crear una grotesca civilización sin religión: para ello, en una primera etapa favoreció un supermercado de las religiones que hiciese añicos a la comunidad que compartía creencias y tradiciones; posteriormente, radicalizó todas las tendencias disolventes que se habían creado en esas comunidades rotas, para entonces convertidas en sociedades hormiguero (¡en mercado libre!) que expulsaron la religión de la vida pública, para luego expulsarla también de la familia, último núcleo comunitario de resistencia, y finalmente lanzarse a la fisión del átomo: la propia persona, la propia naturaleza humana.



Resulta, en verdad, paradójico (y estremecedor) que mientras progres y neocones mantienen distraídas a las masas con espantajos como el burkini, se esté perpetrando en Occidente una aniquilación última del hombre, al que después de empujarlo a todas las degeneraciones se le quiere animar a cambiar de sexo desde la más tierna infancia. Pero, mientras los progres exultan ante esta última «conquista», los neocones encargados de amermar a los católicos zombis (como antes de agitarlos contra las leyes mucho menos lesivas de Zapatero) callan como profesionales del amor mercenario. Como nos recordaba Will Durant, «una gran civilización no es conquistada desde fuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro». Y quienes han destruido la nuestra no visten burkini.

Tomado de *ABC*

Alerta por terrorismo en Nueva York Buscando el caos con bombas caseras

V. Gago

La explosión de una bomba y la desactivación de otra en el barrio de Chelsea han elevado el nivel de alerta por terrorismo en Nueva York. Hubo 29 heridos por la explosión, que, según el gobernador Andrew Cuomo, fue un acto de terrorismo que buscaba desatar el caos, aunque no hay pistas sobre sus motivaciones, ni tampoco de su conexión al terrorismo internacional, puntualizó el señor Cuomo. Los artefactos irrumpieron en la ciudad horas antes de la llegada del presidente Obama y de otros líderes mundiales para asistir a la Asamblea General de Naciones Unidas, este año enfocada en la crisis de los refugiados. Estaban hechos con ollas a presión, luces de árboles de navidad y metralla, conectados a un teléfono móvil. En Nueva Jersey, el



mismo sábado por la mañana, había estallado otra bomba antes del inicio de una carrera benéfica para los marines veteranos. No hubo heridos. Los investigadores no descartan que esté relacionado con las bombas colocadas en Nueva York. Mientras tanto, el sábado por la tarde, en un centro comercial de Minnesota, un hombre apuñaló e hirió a ocho personas al grito de «Alá es grande». Estado Islámico se atribuyó este ataque de uno de sus

«soldados», dijo Amaqa, la agencia de noticias oficiosa del grupo terrorista. Los sobresaltos de este fin de semana han tenido su eco en los mítines de la campaña electoral. Donald Trump no tardó en referirse a ellos, desde Colorado: «Es algo terrible lo que está pasando en nuestro mundo, en nuestro país, y vamos a ser firmes, inteligentes y vigilantes». Hillary Clinton condenó «los aparentes actos terroristas de Minnesota, Nueva Jersey Nueva York», y remarcó que es importante conocer los hechos antes de hacer juicios.

Tomado de *Actual* [Con información de *The New York Times* y *Financial Times*, en inglés, de pago]

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Gregorio Rubio Nombela

Maqueda, Toledo, el 3 de agosto de 1930 - Madrid el 1 de Septiembre de 2016

César Pérez de Tudela

Explorador de Montañas y periodista

Ha muerto Gregorio Rubio Nombela, un personaje que ejerció desde sus distintos puestos de servicio la bondad, ese sentimiento que Descartes ponderaba por encima de la sabiduría. Licenciado en Derecho, ganó por oposición, un puesto en el escalafón de Técnicos de la Administración Civil del Estado, muchos años después

denominado de Administradores. Como tal estuvo destinado, como secretario general de diferentes gobiernos civiles y más tarde nombrado Subdirector General de Beneficencia y posteriormente Subdirector General de Protección Civil, en aquellos años en los que este concepto bélico se reestructuro bajo la magistral dirección de aquél famoso periodista que fuera Federico Gallo, de afectuosa memoria. Y allí, en esa Dirección General tuve el honor de conocer y tratar a Rubio Nombela, en mi condición de periodista, como director de comunicación, y de la Revista *Cuadernos de Protección Civil* y como experto en rescates y socorro dirigiendo el programa de seguridad en las montañas españolas.

Gregorio Rubio fue un sabio en los grandes y complejos conocimientos de la Administración, capaz de dictar varias horas seguidas párrafos llenos de amplio sentido



jurídico, base de posteriores leyes y decretos, relacionados con ese nuevo planteamiento de ayuda a los ciudadanos con motivos de diferentes emergencias y peligros.

Gregorio era denso, de aspecto serio, y temido por aquellos que no conocían su profunda humanidad, cuando no solo se ocupaba de los aspectos principales de las normas básicas, sino también de los problemas económicos del personal

subalterno...

Rubio Nombela nunca acepto prebendas, ni ejerció halagos hacia sus superiores... Era correcto y frío con sus superiores, los políticos, quienes aprovechaban su enorme capacidad de trabajo y sus múltiples conocimientos para quedar bien ante los respectivos ministros con nuevas propuestas e impecables ideas...

Yo tuve la satisfacción de colaborar con él en viajes y cursos, tratando de plantear los contenidos de ese concepto nuevo, en los años 80 del pasado siglo, que era La Protección Civil. Fui, junto a Gregorio Rubio, el autor de aquella *Guía o Cartilla Popular de Protección* ante los diferentes peligros, emergencias y catástrofes... Normas básicas ante las Inundaciones, incendios forestales, corrimientos de tierras y movimientos sísmicos, radioactividad, peligros derivados de las tormentas, calor, frío, sequía... o el transporte de mercancías peligrosas... como la que ocasiono la tremenda catástrofe del camping de Alfaques...

Como conferenciante Gregorio era aburrido, pero preciso y creativo cuando dirigía la Sala de Crisis para gobernar la gestión de las inundaciones: v.g. en el país vasco de aquellos años «ochenta y tantos» que presentaron una elevada complejidad... enviando caravanas de camiones con botellas de agua potable y suministros de alimentación, a través de los delegados de los distintos Ejércitos, Policía, Bomberos, Sanidad y otros centros de necesaria competencia en esa coordinación imprescindible para aprovechar y bien-utilizar los limitados recursos del Estado. A él oí por primera vez la denominación de «Antenas de Clasificación», esos equipamientos para montar hospitales al aire libre, en el lugar mismo de la emergencia, tiendas de campaña para albergar centenares de camas, por orden de gravedad, teniendo preferencia no los más graves, si no aquellos que tendrían más posibilidades de salvar la vida... con decenas de camiones que transportaban esos hospitales improvisados para atender a numerosos

heridos... los helicópteros medicalizados, y los primeros tiempos de la creación del SAMUR...

El concepto de Protección Civil, es de asistencia al más débil, el brazo complaciente del Estado que ayuda y ampara a las víctimas que lo necesitan, inmediatamente después de esa situación de crisis en la que es preciso contar no solo con profesionales del salvamento y del rescate, sino con voluntarios dispuestos a servir y a no complicar la situación.

Protección Civil del Estado -antes de que el Ministerio del Interior concediese esa competencia tras la creación de las Comunidades Autónomas- era un centro directivo del que emanaban lógicas coordinaciones que involucraban a muchas instituciones...



Y a Gregorio Rubio Nombela le cabe el honor de haber redactado, valientemente, un Convenio con la OJE, ese modelo de asociación juvenil cuyos componentes siempre están dispuestos a servir: Vale Quién Sirve y Servir es un Honor...

Gregorio Rubio Nombela fue sin duda alguna el funcionario más trabajador y más útil de todos aquellos años de inundaciones, de Levante primero y de Vizcaya después, tragedias aéreas (Rodeos, Monte Oíz,

Barajas), Hotel Corona de Aragón, avalanchas de nieve y rescates en montañas invernales y tantas otras calamidades y catástrofes como en esa década tuvieron lugar.

Rubio Nombela, en contraste con los tiempos actuales, ahora que el concepto de corrupción se ha extendido por la sociedad de nuestros días, fue un ejemplo de honradez, y nunca admitió ni siquiera esa botella de regalo de Navidad, tan frecuentemente instalado en las costumbres españolas. Descanse en paz el ilustre y bondadoso personaje.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.